

»No esperes, no, que combata,  
Mora ingrata,  
De tu celosía al pie,  
Mientras en otros amores  
Tus favores  
Gozando un rival esté.

»Que si á mi voz no respondes,  
Porque escondes  
Otro amor para mi amor,  
Guarda los lances y cuitas  
De tus citas  
Para quien ha tu favor.

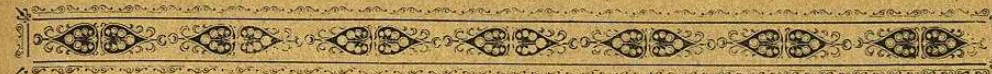
»Quédate, aunque yo te amaba,  
Por esclava  
De un señor y de un harén,  
Y muera con tu hermosura  
La ventura  
De tu existencia también.

»Adiós; duerme, mi sultana,  
Y tu ventana,  
Testigo de mi pasión,  
Te diga si he conocido  
Cuán dormido  
Estaba tu corazón.»

Y así el mancebo diciendo,  
De sus celos al furor,  
De un tajo las celosías  
Con la espada derribó.

Saltó del lecho la mora  
A tan descompuesto són,  
Y asomándose á la reja,  
Quién era le preguntó.

Mas él, á larga distancia  
Revolviendo un callejón,  
Tornó la espalda diciendo:  
«Dormid en paz, que soy yo.»



## CANCIÓN

Música del Sr. D. S. Iradier.

### CORO

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
Y el mundo un festín.

El tiempo nos roba  
Las horas más bellas;  
Romped las botellas  
Y al baile venid,  
Que al són que murmura  
La danza insegura,  
Sueño es de ventura  
La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
Y el mundo un festín.

Soñemos gozando  
Fortuna tan vana,  
Y el sol de mañana  
Que vea al salir,  
Que al són de la orquesta  
Danzando en la fiesta,  
No es carga funesta  
La vida feliz.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
Y el mundo un festín.

Diránnos mañana  
Que somos ceniza,  
Que es dicha postiza  
La de este vivir;  
Mas hoy gozaremos,  
Dichosos seremos,  
En tanto olvidemos  
Origen tan vil.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
Y el mundo un festín.

Bailemos, bebamos,  
La vida es muy corta,  
Tal vez nos importa  
Pasarla feliz;  
Y si al fin perdida  
Se llora la vida,  
Gozando se olvida  
Tan lúgubre fin.

¡Orgía, dadme flores!  
¡Orgía, dadme amores!  
La vida es un sueño,  
Y el mundo un festín.

Venid á mí, brillantes ilusiones  
Que engalanáis la juventud ardiente;  
Dadme, dadme fantásticas visiones  
Con que embriagar la mente.

Suéñelas yo en mi necio desvarío,  
Y en vistoso tropel pasen risueñas,  
Como la espuma de sonante río  
Resbala entre las peñas.

Dejadme, aunque ficción, ver á lo lejos  
Esa radiante luz de la esperanza,  
Á cuyos ricos trémulos reflejos  
Un porvenir se alcanza.

Y apartad de mi mente esos crespones  
Que enlutan cuanto sueño y cuanto miro,  
Que tornan al compás de mis canciones  
En lúgubre suspiro.

Yo, que cruzo feliz, libre y contento,  
De la existencia el áspero camino,  
Que ayudado tal vez de noble aliento,  
Cantar es mi destino,

¿Por qué al herir ufano el arpa de oro  
En amoroso són, lanza perdido,  
En vez de canto espléndido y sonoro,  
Fatídico gemido?

Y es en vano buscar cuanto risueño  
Natura por doquier pródiga brota;  
De su ventura á mi tenaz empeño,  
Todo el raudal se agota.

He querido cantar, radiante y puro,  
Al esplendente sol, y apelmazado,  
Sorbiendo el día nubarrón oscuro,  
Su disco me ha robado.

Quise cantar las danzas inocentes,  
Los cándidos placeres campesinos,  
Y de muertas naciones insolentes  
Lamenté los destinos.

Quise cantar del águila altanera  
El imperial y soberano vuelo,  
Y profano, llegué tras su carrera  
Á llamar en el cielo.

Quise cantar cascadas y jardines,  
Los brindis y el placer, y ensangrentado,  
Hice girar en torno á los festines  
El féretro enlutado.

Quise cantar de púrpura y de flores  
La senda del vivir entapizada,  
Y caminé entre abrojos punzadores  
Hasta el mar de la nada.

Mis cántigas de amor, lamentos fueron,  
Y ningún amador se holgó con ellas;  
Blasfemias, mis plegarias se volvieron,  
Y mis himnos, querellas.

Embriagado canté la amistad santa,  
Soñé fraternidad, y huyó el amigo,  
¡Que lleva al fin quien desventuras canta,  
La soledad consigo!

¿Dónde tornar los desolados ojos?  
¿Dónde tender las alas del deseo?  
Truécanseme las flores en abrojos,  
Y es niebla cuanto veo.

Me dijeron acaso que el bullicio  
Del loco mundo las tristezas cura.....  
Cada sonrisa me costó un suplicio,  
Doblando mi amargura.

Tal vez la calma el corazón consuela  
De la sombría noche misteriosa.....  
Las noches he pasado en larga vela,  
En lucha congojosa.

[cuento?  
Flores: ¿en dónde estáis, que no os en-  
Vago por el jardín, y nunca os hallo;  
Las raíces tal vez estarán dentro,  
Mas no asoman el tallo.

¡Fúlgido sol, espléndidas estrellas,  
Melancólica luna: yo os adoro!  
Y al bendecir vuestras antorchas bellas,  
Mudo os contemplo y lloro.

No importa que la tierra brote flores,  
El mar corales y los ríos peces,  
Yo bendigo sus senos creadores,  
Los adoro mil veces.

Pero al volver al Dios que los ha hecho,  
Jamás me pareció ni mar ni tierra,  
Más que un sepulcro, cuyo borde estrecho  
Nuestra miseria encierra.

## Á MARIANA

### CANCIÓN

Limpia es la noche y callada,  
La luna en el cenit brilla,  
Como lámpara colgada  
En recóndita capilla.

La brisa errante y serena,  
Mansa suena  
Meciendo árbol, hierba y flor,  
Y el mundo, en descuido inerme,  
Goza ó duerme  
Sus pesares ó su amor.

Yo, constante en mi porfía,  
Paso la noche sombría  
Suspirando á tu ventana,  
¡Mariana mía!  
Mas si han de expirar mis quejas  
En tus rejas,  
No me las abras, Mariana,  
Noche ni día.

¡Porque me es tan delicioso  
Saber cuándo al fin te roba  
Al necio mundo curioso  
La oscuridad de tu alcoba!....  
¡Tan grato espíar atento  
El momento

En que tu luz expiró,  
Por poder decir ufano:  
*Ora, ¿qué vano  
Favorito es como yo?*

Me es tan dulce en mi agonía  
Saber que en la noche umbría  
Suspiro yo á tu ventana,  
¡Mariana mía!....

Mas si han de expirar mis quejas  
En tus rejas,  
¡Oh, no me la abras, Mariana,  
Noche ni día!

Yo bien pudiera mentirte  
Palacios, buques, caballos;  
En luengas tierras decirte  
Que me respetan vasallos;  
Porque de tierras ignotas  
Y remotas,

Fuera muy fácil mentir;  
Mas decirte, aunque quisiera,  
No supiera

Si me lo hubieras de oír,  
Sino que en tenaz porfía  
Paso la noche sombría  
Suspirando á tu ventana,  
¡Mariana mía!  
Mas si han de expirar mis quejas  
En tus rejas,  
No me las abras, Mariana,  
Noche ni día.

Yo no soy más que un poeta  
Sin otro bien que mi lira,  
Un alma al amor sujeta  
Y un corazón que suspira;  
Y aunque es verdad que hay algunos  
Importunos

Que me aplauden mi canción,  
Yo nunca he de hacerles caso,  
Porque acaso

Hablillas del vulgo son.  
Yo paso cantando el día,  
Pero la noche sombría  
Paso al pie de tu ventana,  
¡Mariana mía!  
Mas si han de expirar mis quejas  
En tus rejas,  
No me las abras, Mariana,  
Noche ni día.

Cuando en tus cándidos sueños  
Oír tal te vez parece  
De compases halagüeños  
El són que se desvanece,  
No son los tenues lamentos  
De los vientos,  
Que murmuran al pasar;  
No es el ruido de la fuente  
Transparente,  
Sino el són de mi cantar.  
Porque siempre en mi porfía,  
Paso la noche sombría  
Suspirando á tu ventana,  
¡Mariana mía!  
Mas si han de expirar mis quejas  
En tus rejas,  
No me las abras, Mariana,  
Noche ni día.

¿Oyes la lluvia que cae,  
Y el aura en sus hilos rota,  
Que una voz triste te trae  
Mientras tus vidrios azota?  
No es la voz de la tormenta  
Turbulenta  
Que muge con el turbión;  
Es el arpa que yo toco  
Cuando evoco.

Tu sueño con mi canción,  
Porque siempre en mi porfía,  
Yo velo en la noche umbría  
Suspirando á tu ventana  
¡Mariana mía!  
Mas si han de expirar mis quejas  
En tus rejas,  
No me las abras, Mariana,  
Noche ni día.

Y si al fin de duelo tanto,  
De tan amorosas cuitas,  
Te cansa el són de mi canto  
Y te cansan mis visitas;  
Si tu sueño ó tus placeres  
Ya no quieres  
Que turbe importuno más,  
Manda que rompa la lira  
Que suspira  
Tan amoroso compás;  
Mas si has de salir impía  
Á maldecir mi porfía  
Cuando lloro á tu ventana,  
¡Mariana mía!  
Deja que estrelle mis quejas  
En tus rejas,  
Y no las abras, Mariana,  
Noche ni día.



## ORIENTAL

No pude selle mudable  
Á aquella cuyo nascí.

Rom. gal.

### I

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

Años ha, bella señora,  
Qu tu vista encantadora,  
Apetecida  
De Córdoba en los jardines  
Matóme por darme vida.  
Y en tanto que te acataban  
Y tus favores gozaban  
Mil paladines,  
Azarque, en inútil queja,  
Tus esquivaces plañía  
Llorando al pie de tu reja.

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

¡Ah! ¡Qué importa que al Profeta  
En adoración secreta  
Yo bendiga,  
Y adores tú al Nazareno,  
Si en blanda coyunda amiga  
Un solo amor nos uniera!  
Cristiana más hechicera  
Que el ameno

Paraíso, no te cura  
De las palabras del Conde,  
Que han de ser mi desventura.

Escucha, hermosa cristiana,  
Mis amores,  
No se estrellen mis dolores  
En los vidrios de colores  
De tu gótica ventana.

### II

Así de la luna al brillo  
En tono blando y sencillo  
Cantaba voz varonil,  
Y del moro las querellas  
Vertiendo lágrimas bellas  
Oía dama gentil.

Abrió á medias su ventana,  
Que con flores engalana,  
La dama, y así cantó:  
Triste su cántico, apenas  
Perdido entre las almenas  
Un solo instante vagó.

«Cristiana ¡oh moro! nascí,  
Y me matan con rigor  
¡Ay de mí!  
Mi religión y mi amor,  
Y huyo á mi pesar de ti.  
Huye de aquí.»

La voz se heló en su garganta,  
Cayó y rompióse la lira,  
Al moro extática mira,  
Mas ya ni le ve ni canta.

No canta, que en llanto amargo,  
Sobre el pecho la cabeza,  
Ahoga tanta terneza  
Un amoroso letargo.

«¿Por qué (dice desde el foso  
El moro), bella cristiana,  
Por qué me velas tirana  
Ese rostro candoroso?»

La cristiana amada, en tanto,  
Miraba y no le veía,  
Sólo en el muro se oía  
Triste y angustiado llanto.

Y viendo que no responde,  
El moro, desesperado,  
A llamar iba ya osado  
En el castillo del Conde.

## III

Sobre alazán de Córdoba brioso,  
Ceñido el cuerpo de la doble malla,  
El Conde de Tendilla llega en tanto  
A su opulento alcázar.

Por la penosa orilla del torrente  
Se oye cuál crujen á compás sus armas,  
A par que estrepitosas se derrumban  
Entre espumas las aguas.

Llegó al castillo, y al tocar al puente,  
Miró en el muro pálida á su hermana,  
Y volviéndose al moro, amenazóle  
Con la robusta lanza.

«¡Infiel al fin! Ya yo me lo sabía»,  
Dijo el Conde entre sí, lleno de rabia;  
Y alzó la voz después: «Mahometano,  
¿Son éstas tus palabras?»

Si ya no eres cristiano, tu rodela  
Y ese corcel apresta que descansa.  
Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serías en batalla.»

«¿Por qué el Conde cristiano me acome-  
Si amor quitó la libertad al alma?» [te,  
«Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serías en batalla.»

«Yo cristiano no soy, repuso el moro,  
Yo no soy sino amor para tu hermana;  
Mas ¿qué importa mi fe, ni la fe suya,  
Si como yo me ama?»

Valladolid.—1836.

«No blasfemes, infiel; si en tu creencia  
Tornaras á mirar estas murallas.....  
Tú lo juraste, moro, que conmigo  
Serías en batalla.»

## IV

Marchó el Conde de Tendilla,  
Y del torrente en la orilla  
Aguardó.

¿Qué hace el moro, que injuriado  
En la muralla apoyado  
Se quedó?

¿Por qué el Conde le provoca  
Con voz que al honor le toca  
Y con furor,

Y el moro sombrío, en tanto,  
Mostrando está con su llanto  
Su dolor?

Errante su mirar vaga,  
Y almete, rodela y daga  
Lejos de él  
Con ira arrojó demente,  
Y así habló con voz doliente  
El infiel:

«Adiós, hurí seductora,  
Rosa de pensil cristiano;  
Pues que por suerte traidora  
Te pierdo ahora,

Muere con tu Dios cristiano,  
Yo moriré en mi fe mora.»  
Y hacia el Conde, que le espera,  
Rápida y firme carrera

Dirigió,  
Y allá en el agua espumosa  
La caída estrepitosa  
Resonó.

## V

Mientras la bella cristiana  
En su gótica ventana  
Exhala un ¡ay! de pavor,  
Del agua allá en lo profundo  
Lanza el moro en este mundo  
El postrer ¡ay! de su amor.



## À MARÍA

## PLEGARIA

Aparta de tus ojos la nube perfumada  
Que el resplandor nos vela que tu semblante da,  
Y tiéndenos, María, tu maternal mirada,  
Donde la paz, la vida y el Paraíso está.

Tú, bálsamo de mirra; tú, cáliz de pureza;  
Tú, flor del Paraíso y de los astros luz,  
Escudo sé y amparo de la mortal flaqueza  
Por la divina sangre del que murió en la Cruz.

Tú eres ¡oh María! un faro de esperanza  
Que brilla de la vida junto al revuelto mar,  
Y hacia tu luz bendita desfallecido avanza  
El náufrago que anhela en el Edén tocar.

Impela ¡oh Madre augusta! tu soplo soberano  
La destrozada vela de mi infeliz batel;  
Enséñale su rumbo con compasiva mano,  
No dejes que se pierda mi corazón en él.